

puerta abajo. Era Jorge Hacket, ugiere de palacio, tan descompuesto y trastornado, que apenas podía hacer uso de la lengua. Incorporóse Bothwell en su lecho y preguntóle con la mayor sangre fría, qué podía ocurrir tan grave, que fuese motivo de tanta urgencia.

—¡Que han volado la casa del Rey, y ha perecido entre los escombros!—contestó Hacket más bien que con palabras, con gritos y con gestos.

Saltó Bothwell de la cama y echó mano á la espada que cerca tenía, gritando:

—¡Fy!... ¡Trahison! y comenzó á vestirse apresuradamente.

Entró en esto el Conde de Huntly, igualmente aterrado, y ambos magnates subieron presurosos á ofrecer sus servicios á la Reina.



X

IGUIÉRONSE á esta catástrofe tan hondas alteraciones en Escocia, murmuráronse y aun proclamáronse en alta voz tan graves afirmaciones, y hubo tan extrañas y absurdas inconsecuencias en la conducta de los más grandes personajes, y aun de la misma María, que la verdad naufragó entonces en el cenagoso mar de la intriga, el disimulo y la calumnia, y nadie hasta el día de hoy puede vanagloriarse de haberlas sacado á flote en toda su pureza.

Dos opiniones distintas corrieron entonces sobre el tenebroso crimen, y han llegado hasta nosotros á través de los siglos, apoyada una por los herejes enemigos de María, y sostenida

otra por los amigos y defensores de la desdichada Reina.

Acusaban los primeros á Bothwell del asesinato de Darnley, mas suponíanlo hecho con la complicidad ó á lo menos el consentimiento tácito de María. La indudable pasión de la Reina por este hombre funesto, y el extraño apresuramiento con que concertaron y verificaron su desdichado matrimonio, servíanles de apoyo para tan infame propaganda.

Los segundos, por su parte, achacaban igualmente la ejecución material del crimen al Conde de Bothwell; mas la concepción del plan y su impulso y desarrollo atribuíanlo, con harta razón á nuestro juicio, á la ambición desmesurada y á la astucia infernal del bastardo Conde de Murray, apoyado por el partido presbiteriano.

Murray, envidioso de su hermana, como lo es siempre el bastardo del hijo legítimo, acechaba la ocasión de arrancar á María la corona de Escocia, apoyado por los herejes, cuyo ídolo era. Por eso, explotando la audacia criminal de Bothwell y el apasionamiento de María, tendióles un lazo en que cayeron ambos, uno á uno, cegados por el amor y la ambición, sus respectivas y peligrosas pasiones.

Murray desde la sombra, y el Conde de Morton y los antiguos Lores rebeldes y herejes,

ostensiblemente, persuadieron á Bothwell de que una vez cometido el crimen, ellos apoyarían su matrimonio con la Reina.

Su plan secreto era, sin embargo, denunciar al pueblo á Bothwell como asesino del Rey, hacer pasar á la Reina por su cómplice, y aprovechando la vergüenza y el oprobio que necesariamente habían de caer sobre ésta, encerrarla en una prisión y desposeerla de la corona.

Los acontecimientos que se sucedieron y que brevemente referiremos, prueban paso á paso la verdad de este pérfido plan, que por desgracia vino á coronar el más completo de los éxitos.

Á los dos días de la muerte de Darnley (12 de Febrero), publicó la Reina un edicto ofreciendo dos mil libras de Escocia á cualquiera que denunciase al asesino, ó diera algunas luces sobre el misterioso regicidio.

Fijóse este edicto á la puerta de la carcel de Edimburgo, que llamaban la Tolbooth, y al día siguiente apareció pegado junto al edicto un pasquín, en que se acusaba al Conde de Bothwell del asesinato, y se denunciaban como cómplices suyos á James Balfour y á un tal David Chamberz, paniaguado de Bothwell.

Otros diversos pasquines fueron apareciendo en los sitios más públicos de Edimburgo, y ya se denunciaban en ellos junto á Bothwell y á

sus secuaces, á los más fieles servidores católicos de la Reina.

Aquellas pérfidas insinuaciones fueron poco á poco concretándose, y á los pocos días aparecieron en el mercado público dos nuevos pasquines. Léanse en uno las iniciales de la Reina bajo una mano que sostenía una espada, y en el otro las del Conde de Bothwell, bajo otra mano empuñando una maza, que se supuso desde luego ser el instrumento del crimen.

Al mismo tiempo comenzaron á oirse á deshora y en lo más callado de la noche, voces misteriosas que parecían salir de la famosa Cruz de Edimburgo, y acusaban del crimen á Bothwell y de complicidad á María.

Los ministros presbiterianos, fieles á su consigna y actores principales en aquella inicua farsa, atribuían desde el púlpito, con fanática vehemencia, las denuncias anónimas de los pasquines á la voz del pueblo que nunca yerra; y las voces misteriosas de la Cruz de Edimburgo, á la voz de Dios que milagrosamente denunciaba á los culpables, para que los fieles de la nueva Iglesia hiciesen justicia y tomasen venganza.

La agitación fué extrema en Edimburgo, y se extendió por todos los confines de Escocia. Mas una vez preparado este terreno, preciso fué obrar de otra manera, si había de caer la Reina

en el lazo del matrimonio, como había caído ya Bothwell en el del asesinato.

El 12 de Abril fué, pues, citado Bothwell á instancias del Conde de Lennox, padre de Darnley, ante un tribunal encargado de examinar su conducta. Presidía este tribunal el Conde de Argyle, como justicia mayor del reino por derecho hereditario, y formaban el jurado los mismos Lores comprometidos con Murray y con Morton.

Este mismo y el falaz secretario Maithland, eternos cómplices del bastardo, acompañaron á Bothwell al tribunal, que se había constituido en la Tolbooth misma. Iban á caballo, Morton á la derecha, Maithland á la izquierda, como si acompañasen á un triunfador y no á un pérfido asesino.

Bothwell sostuvo su arrogancia ante el tribunal, y aquel jurado de cómplices reconoció y proclamó unánime la absoluta inocencia del asesino de Darnley. Al día siguiente los tres Estados de Escocia ratificaron en el Parlamento la absolución de Bothwell, y no satisfecha aún la audacia inverosímil de este hombre, envió un cartel de desafío á las ciudades del reino, citando en palenque cerrado á todo hidalgo de buena sangre que osara acusarle de haber tenido parte en el asesinato de Darnley.

Al otro día de la clausura del Parlamento, que fué 19 de Abril, se adelantó un paso más en aquel camino de iniquidades. Bothwell dió un gran banquete en la taberna de Anslay, famosa en aquel tiempo, á todos los Lores escoceses que se hallaban en Edimburgo, y allí, entre las botellas vacías y las copas llenas, exigióles el cumplimiento de su promesa de apoyar su matrimonio con la Reina.

No deseaban ellos otra cosa, y todos, con el Conde de Morton á la cabeza, tuvieron la infame doblez de acceder á su ruego, firmando allí mismo un *bond* en que declaraban hallarse convencidos de la inocencia de Bothwell, se comprometían á defenderle contra los calumniadores, y recomendaban á la Reina aquel *noble y poderoso Lord* como el marido más conveniente.

«Este acta, dice el protestante Róbertson, que rebaja y desdora el carácter escocés más que ningún otro acontecimiento de aquel siglo, contenía una declaración formal de la inocencia de Bothwell y el testimonio más auténtico del reconocimiento que le era debido por sus servicios prestados al reino. En el caso de que volvieran á acusarle del asesinato del Rey, se comprometerían todos los firmantes á reunirse para su defensa y exponer sus vidas y fortunas por su causa. Recomendábanle también á la Reina

como el hombre más digno de su preferencia, y añadía que si ella se determinaba á honrarle con su mano, ellos se encargarían de sostener esta elección y juntarían todas sus fuerzas á las de Bothwell, para oponerse á cualquiera que intentase poner obstáculos».

El lazo estaba tendido, y la ceguera de su pasión hizo á la desdichada María caer en él prisionera. Bothwell, confiado en el amor de la Reina, presentóla este acta y la propuso el funesto casamiento. Mas la Reina, ya fuese que la asaltasen nuevos escrúpulos, ya que la fecha de su viudez le pareciese en realidad demasiado reciente, supo todavía dominar su pasión y dió largas al asunto.

Entonces el impaciente Lord organizó y cometió el último y más audaz de todos sus atentados. Y fué el caso, que el lunes 21 de Abril marchó la Reina al castillo de Stirling, para visitar á su hijo el Príncipe real, que bajo la tutela del Conde de Mar, tenía allí su residencia.

Volvió la Reina á Edimburgo el día 24, y á seis millas de la ciudad, en el sitio que llaman Almont-Bridge, apareció de repente el Conde de Bothwell á la cabeza de ochocientos jinetes, envolvió y desarmó á la escasa escolta de la Reina, y tomando por la brida el caballo de ésta, la condujo al castillo de Dunbar prisionera.

Diez días permaneció allí la Reina en poder de Bothwell, hasta que el 3 de Mayo la condujo él mismo á Edimburgo, con todos los miramientos debidos á su rango. Al llegar á la ciudad arrojaron los soldados de Bothwell las lanzas al suelo, como para demostrar que la Reina venía libre, y echando pie á tierra el Conde, descubierto y desarmado, tomó respetuosamente la brida del caballo de María, y la condujo ante el vecindario estupefacto, no al palacio de Holyrood, sino al castillo de Edimburgo.

Desde allí declaró la Reina el 12 de Mayo á la magistratura y á la nobleza, expresamente convocadas, que era libre, que perdonaba á Bothwell la ofensa recibida, en gracia de sus servicios pasados, y que se proponía concederle las más altas dignidades, como hizo en efecto aquel mismo día, nombrándole Duque de Orkney y de Shetland, y colocando ella misma la corona ducal en su cabeza.

Murray y los presbiterianos triunfaban por completo. Al día siguiente, 13 de Mayo, Bothwell lograba sus afanes y María Estuardo se perdía para siempre, contrayendo en el palacio de Holyrood, á las cuatro de la madrugada, aquel funesto matrimonio que resulta para nosotros el único punto dudoso de su historia.

¿Qué había pasado en Dunbar? ¿Ignoró siem-

pre María la culpabilidad de Bothwell? ¿Triunfó acaso su corazón de su conciencia, ó fué atropellada la debilidad de la mujer por la brutal audacia de Botwell en aquellos diez días de cautiverio?...

A tales preguntas, que podrán acaso envolver una flaqueza, mas nunca un crimen, contesta el odio de los herejes con insultos y calumnias; mas la caridad de los católicos debe, por el contrario, detenerse respetuosa y conmovida ante la enlutada figura de la noble Reina, levantada sobre el pedestal de sus horribles infortunios, cubriendo con un paño fúnebre manchado de sangre este episodio de su vida, é imponiendo con un dedo sobre los labios á la posteridad, silencio!...

Cuando faltan las pruebas y solo existe una duda, es noble y digno y casi siempre justo, tener en cuenta aquellas palabras de Silvio Pellico: «La crítica debe ser ilustrada, pero no cruel con nuestros antepasados; no calumniosa ni falta de respeto para aquellos que no pueden levantarse de sus sepulcros y decirnos: *Esta fué, ingratos nietos, la razón de nuestra conducta*».





XI

OCEDDIÓ todo esto en el breve espacio de tres meses, y cinco días antes del matrimonio de Bothwell, el 8 de Mayo, ya habían arrojado la máscara Morton y los Lores presbiterianos, y proseguían, dirigidos y de acuerdo siempre con el bastardo Murray, su obra de traición y alevosía.

Los ilustres jurados que proclamaron unánimes en la Tolbooth de Edimburgo la inocencia de Bothwell; los nobles comensales de la taberna de Anslay que habían prometido bajo su firma defender á éste con vidas y haciendas, si alguien osaba acusarle del asesinato del Rey; los fieles súbditos que le recomendaban á la Reina como el marido más digno que podía

escoger entre los nobles de Escocia, estos mismos, y tan solo quince días después, re reunían en Stirling y formaban una liga, que se llamó de los *Lores confederados*, para libertar á la Reina de manos de Bothwell (!), para velar más de cerca por la seguridad del Príncipe real (!!), y para perseguir y castigar á Bothwell y á sus cómplices en el asesinato del Rey (!!!).

Y esto lo decían y lo firmaban, Argyle, que había presidido el tribunal de la Tolbooth; Morton y Maithland, que habían acompañado y autorizado á Bothwell por las calles de Edimburgo; Lindsay, Ruthwen, el Laird de Grange y toda la caterva de ilustres bandidos que en la taberna de Anslay habían encontrado á Bothwell digno de la mano de María y de la gratitud del reino. ¡Jamás obró la alevosía con mayor cinismo, ni rebajó tanto la desnuda traición los cobardes ropajes de la hipocresía!

Mientras tanto los ministros presbiterianos proseguían excitando desde el púlpito á la rebelión con enconado fanatismo, y acusando á la Reina con frases y figuras harto transparentes, de complicidad en el asesinato de Darnley, de haber contraído con Bothwell un matrimonio sacrílego, y de pretender entregar á éste el Príncipe real, su hijo, como ya le había entregado antes su esposo.

Alarmada la Reina con estos amagos de horrible tormenta, retiróse con Bothwell al fuerte castillo de Borthwich, á diez millas de Edimburgo, y desde allí, con el pretexto de perseguir á los *borderers*, que infestaban toda la provincia, proclamó una leva feudal, dispuesta á concluir de una vez con traidores y rebeldes.

Aprovecharon los Lores confederados esta ocasión para levantar abiertamente el pendón de su rebeldía. Negáronse, pues, á suministrar la gente de guerra que la Reina pedía, y reuniendo ellos por su parte en Stirling hasta dos mil caballos, marcharon sobre Borthwich, dispuestos á apoderarse de Bothwell y de la Reina por un atrevido golpe de mano.

Adelantóse Lord Hume, con ochocientos hombres, el 10 de Junio, á la caída de la tarde, y tan rápida y callada fué su arremetida, que hubiera conseguido su intento, á no lograr Bothwell escaparse disfrazado de ministro presbiteriano, y si la Reina misma no le hubiera seguido atropelladamente, á caballo y vestida de hombre. Encontráronse ambos á las diez de la noche, en mitad del camino, y siguieron juntos á Dunbar, adonde llegaron á las tres de la madrugada.

Frustrada esta intentona, tomaron los Lores confederados el camino de Edimburgo, reclu-

tando siempre gente por el camino, y entraron en la capital el día 11, al frente de más de tres mil hombres. El pueblo de Edimburgo, preparado para la sedición por los ministros presbiterianos, acogió calurosamente á los rebeldes, y éstos publicaron á las dos horas de su entrada en la ciudad, la siguiente proclama, en que la audacia y la hipocresía marchan de común acuerdo:

«Hallándose cautiva la Majestad de la Reina, y no habiendo nadie capaz de gobernar el reino y de castigar el asesinato del Rey, Nós, los señores de la nobleza y del Consejo, mandamos á todos los súbditos y muy en particular á los ciudadanos de Edimburgo, que ayuden á Nós los señores de la nobleza y del Consejo á liberar á la Reina, á guardar al Príncipe y á castigar á los asesinos del Rey. Mandamos también á los Lores del tribunal y á todos los demás jueces, que hagan justicia según las leyes del reino, y cualesquiera que sean los trastornos que se levanten durante el tiempo de esta empresa. Todos los que contravengan á estas órdenes, serán reputados fautores del dicho asesinato, y serán castigados como traidores».

Aquella noche llegaron los Condes de Athol y de Lethington con sus gentes de refuerzo, y al día siguiente dióse la orden muy de mañana,

de estar dispuestos en el término de tres horas, para marchar contra el Conde de Bothwell. «El cual, decían los rebeldes en una nueva proclama, después de haber asesinado al Rey, de haberse apoderado de la Reina y contraído con ella un matrimonio deshonesto, reune ahora fuerzas para apoderarse del Príncipe real y asesinarle».

La Reina, mientras tanto, había declarado traidores desde Dunbar á los Lores confederados, y al frente de dos mil quinientos hombres que pudo reunir bajo su bandera, salió con grandes ánimos, el sábado 14 de Junio, en busca de los rebeldes. Marchaba delante el estandarte de Escocia, y detrás venía ella, á caballo y bien armada, al frente de su reducido ejército. Llegó en la primera jornada hasta Preston, y acampó á la segunda en los cerros de Carberry-Hill, á seis millas hacia el Este de Edimburgo.

Los rebeldes, por su parte, salieron de la capital el domingo entre dos y tres de la madrugada, y acamparon en las alturas de Musselbourg, á media legua escasa de las tropas de la Reina. Traían éstos, en vez de la bandera con el león de Escocia, un horrible estandarte regalado por los Lores, que había conmovido al pueblo de Edimburgo, y exaltado hasta el extremo el fanatismo de la soldadesca. Sobre un paño oscuro,

veíase pintado el asesinato de Darnley. Yacía éste al pie de un árbol, y arrodillada á su lado estaba la figura de su hijo el Príncipe real, con este versículo de los salmos en torno: *¡Fuzga, oh Dios, y venga mi causa!*



XII

FVISTÁRONSE los dos ejércitos muy de mañana, y ambos eran sobre poco más ó menos iguales en número y armamento. Separábalos un crecido arroyuelo, y las posiciones de uno y otro resultaban igualmente ventajosas. Prontos ya á venir á las manos, apareció de repente el Embajador francés Du Croc, con intento de mediar entre ambos partidos en nombre de su Rey Carlos IX. El mismo Embajador Du Croc ha conservado todos los pormenores de esta escena, en sus cartas al Rey de Francia y á la Reina madre Catalina de Médicis. Dirigióse primero al campo de los rebeldes, é hizoles proposiciones de paz y arreglos con la Reina. Morton y Glencairn dieron la cara en